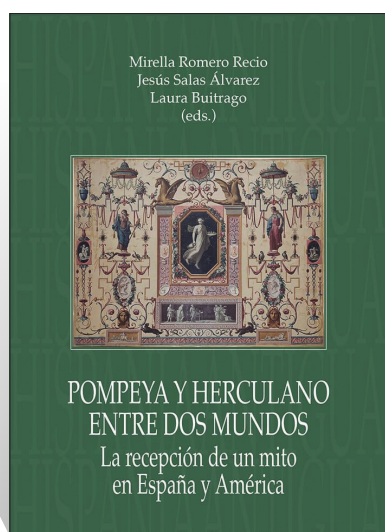


Pompeya y Herculano entre dos mundos



FICHA BIBLIOGRÁFICA

MIRELLA ROMERO RECIO, JESÚS SALAS
ÁLVAREZ Y LAURA BUITRAGO (EDS.)

*Pompeya y Herculano entre dos mundos. La recepción
de un mito en España y América.* Serie Histórica 13.
Roma-Bristol: L'Erm a di Bretschneider. 2023, páginas
372, ISBN: 9788891328205.

Daniel Casado Rigalt | **Universidad a Distancia de Madrid**

Cuando aquel funesto día del año 79 Plinio el Viejo se alejaba de Pompeya, rumbo a Stabia, ni siquiera sospechaba que la erupción del Vesubio acabaría convirtiéndose en una de las fatalidades más inspiradoras de la Antigüedad. La flotilla de cuatrirremes que comandaba el escritor latino se había echado al mar, en medio de una lluvia piroclástica que estaba a punto de devorar Pompeya y Herculano. Primero cubrió las dos ciudades de lava y cenizas. Después, de silencio.

Sigue siendo un enigma si ocurrió el 24 de octubre (fecha propuesta en los últimos años) o el 24 de agosto. Pero es seguro que el testigo ocular más renombrado de la tragedia no vivió para contarlo. Su sobrino adoptivo Plinio el Joven, que heredó su fortuna y legado documental, dejó por escrito lo ocurrido en una carta enviada al historiador Tácito años después. Desde entonces Pompeya y Herculano son mucho más que dos complejos de ruinas

extraordinariamente evocadoras por su excelente estado de conservación. A la fastuosidad arqueológica se suma un potencial simbólico que trasciende el recuerdo.

Pompeya y Herculano han estado presentes en la literatura, el cine, la sociedad ó el arte durante décadas; incluso siglos. Sin embargo, venía echándose en falta un análisis integral capaz de aunar todas esas facetas con vocación historiográfica y mirada transfronteriza. Una lectura capaz de cuestionar la inercia eurocentrista para acercar nuestros intereses, por fin, a esa *koiné* llamada Iberoamérica.

Lo han conseguido Mirella Romero, Jesús Salas y Laura Buitrago, los editores científicos de la monografía que nos ha traído hasta estos párrafos por gentileza editorial de L'Erma di Bretschneider. Para ellos, un merecido reconocimiento por haber integrado tal cantidad de países en una misma línea temática: *Pompeya y Herculano entre dos mundos. La recepción de un mito en España y América*. Son veinte los autores que desfilan por las 367 páginas que conforman este compendio de artículos.

La publicación arranca con un repaso a las viajeras y viajeros que visitaron las ciudades vesubianas en siglos pasados. El recuento lo abre Federica Pezzoli, que nos traslada las experiencias personales del cubano Eusebio Guiteras Font en su estancia napolitana. Aunque Cuba no alcanzó la independencia hasta 1898 sí presencié cómo sus «hermanos del sur» se convertían en repúblicas independientes entre 1809 y 1821. Guiteras es buen ejemplo de representante de la burguesía culta caribeña de la segunda mitad del XIX, partidaria de romper lazos de dependencia con la metrópoli, como habían hecho en Sudamérica. Lo llamativo es cómo Guiteras amoldó su discurso a la reivindicación. Junto con su hermano Antonio, se convirtió en promotor de los estudios clásicos y el latín, extendió el interés por la literatura; y abrazó la antigüedad grecorromana como referente histórico al servicio de un relato que buscaba legitimar la identidad nacional cubana.

Como Guiteras, el chileno Benjamín Vicuña Mackenna representa también esa estirpe de intelectuales del cono sur que pusieron su mirada en Estados Unidos y Europa como modelos a seguir. De hecho, la élite sociocultural de Chile concibió los viajes como una suerte de itinerario de educación. Lo sabe bien la investigadora María Gabriela Huidobro, para quien los viajeros chilenos del XIX encontraron en los viajes la coartada necesaria para cuestionar o reforzar ideas preconcebidas sobre Europa, así como reflexionar sobre las culturas americanas y sus vínculos con el Viejo Mundo. En el caso de Vicuña Mackenna, el periodista chileno viajó por Italia en 1871 y dejó por escrito, en varias cartas enviadas a una familiar, el relato de su experiencia en Pompeya.

También las viajeras contribuyeron a documentar mejor las visitas a Pompeya y Herculano entre la segunda mitad del XIX y las primeras décadas del XX. Buenos ejemplos son Isabel Pesado de Mier, Rafaela Portugal de Sotomayor, María Enriqueta Camarillo de Pereyra, Soledad Acosta de Samper, Julia Arciniegas de Giraldo, María Teresa de Arrubla, Clorinda Matto de Turner, Amalia Errázuriz, Enriqueta y Ernestina Larraínzar. Todas ellas mujeres pertenecientes a las élites burguesas latinoamericanas, reivindicadas por la investigadora colombiana Laura Buitrago. Una lectura de género saludable; además de un ejercicio de reparación historiográfica.

Mirella Romero, una de las dinamizadoras habituales del panorama historiográfico tanto a nivel nacional como internacional, incursiona en la fructífera relación de artistas con arqueólogos en nuestra historia reciente. Concretamente se detiene en el viaje a Pompeya y Herculano de José Manaut Viglietti. El pintor valenciano, discípulo de Sorolla, se desplazó a Nápoles en 1966, siendo ya sexagenario, y nos legó interesantes testimonios gráficos de las ruinas vesubianas. La labor documental de Romero nos recuerda la simbiosis que tradicionalmente ha existido entre historiadores y artistas, que han compartido ambientes e intereses durante siglos.

Que Pompeya y Herculano han tenido gran poder de convocatoria es algo sobradamente contrastado en esta monografía. Lo prueban las propias páginas de la prensa local y nacional. Carolina Valenzuela Matos nos acerca a cómo la prensa chilena (revista *Zig-Zag*) abordó desde finales del XIX la recepción clásica. Sobre todo, ampliando su espectro de público a la burguesía y las clases populares, cada vez más interesadas en cuestiones de la Antigüedad. La popularización de los viajes a yacimientos, monumentos o museos del Viejo Mundo, por un lado, y las nuevas técnicas de reproducción en serie de las revistas ilustradas ayudaron al lector a tridimensionar un conocimiento que hasta entonces contaba con una proyección visual muy limitada. En las páginas de su artículo Valenzuela pulsa también el comportamiento de masas y los espacios de sociabilidad chilenas a partir de unos usos y costumbres en los que la Antigüedad encontró acogida por su vitola de fenómeno europeo identificable a las élites.

Brasil es otro de los países sometido a escrutinio historiográfico bajo el prisma de la prensa local, especialmente a través de las noticias sobre Pompeya en la llamada *Belle Époque* carioca (1871-1914). Renata S. Garraffoni explora cómo la cultura material pompeyana condicionó gustos estéticos y se convirtió en parte de los discursos políticos en Río de Janeiro en el período 1840-1889. Hace bien la investigadora paranaense en recordar que la presencia grecorromana ya era conocida en Brasil y circulaba intensamente durante el período colonial, bien a través de los sermones pronunciados por sacerdotes jesuitas o, de forma disruptiva, por medio de las proclamas de poetas y escritores que, desde el XVIII, buscaban la independencia de la metrópoli, Portugal. Y especialmente oportuno es el ejercicio de justicia historiográfica que reclama Garraffoni para la figura de Teresa Cristina. La conocida como «emperatriz silenciosa» dotó a Brasil de un sólido marco artístico-cultural que además potenció la recepción del estilo neoclásico en las Escuelas de Bellas Artes brasileñas del XIX.

La *Belle Époque* es también el período en el que se centra Ricardo del Molino. En este caso para hacer recuento del extenso inventario de mansiones influidas por el estilo pompeyano en varias ciudades del continente americano. El investigador español desciende al detalle arquitectónico-ornamental para darle sentido a todo el flujo de interacciones, modas y comportamientos sociales que las élites hispanoamericanas proyectaron sobre sus propiedades. Muchos de estos lugares se convirtieron en espacios de sociabilidad burguesa bajo el palio de la exclusividad. El llamado estilo pompeyano se asociaba al buen gusto presupuesto al «pasado europeo». Bien fuera un fresco, una columna, una lámpara o una pieza de mobiliario. Las clases pudientes de Centroamérica y Sudamérica aspiraban a la promoción social mimetizándose con una serie de inercias, costumbres y gustos, procedentes de Europa, en los que se atisban – según del Molino – rasgos de historicismo romántico.

Entre los múltiples análisis propuestos en esta monografía está el de Daniel Expósito. El investigador puertorriqueño dedica su contribución a Robert S. Duncanson. El pintor estadounidense ha pasado a la historia como el primer artista afroamericano, procedente de una familia de esclavos libertos, que contó con el reconocimiento internacional de crítica y público. Pintó *Pompeii* en 1855, veinte años después de que la novela de Edward Bulwer-Lytton *The last days of Pompeii* causara furor en el público norteamericano. El caso de Duncanson llama la atención porque había crecido rodeado de multiculturalidad en ciudades como Cincinnati y Detroit. Y a pesar de las estrecheces económicas que le tocó afrontar, tuvo la oportunidad de viajar a Italia y visitar Pompeya. A su vuelta pintó su cuadro más renombrado (*Pompeii*), un lienzo en el que Duncanson proyectó una imagen recreada de la mítica ciudad, en sintonía con el lirismo propio de la pintura romántica. De hecho, con su *Pompeii* el pintor afroamericano quiso reflejar la realidad de su país y los nexos de éste con la historia imperial romana. De alguna manera – y aunque se tratara de una interpretación y lectura personal – Duncanson establecía paralelismos entre la sociedad romana imperial y la sociedad esclavista norteamericana, lo que suponía bendecir la erupción del Vesubio por haber puesto fin a una sociedad injusta y abusiva.

La pintura es también protagonista del siguiente artículo, que lleva la firma de Cristina Martín Puente. La profesora de la Universidad Complutense dedica su contribución a un cuadro de Manuel Domínguez Sánchez titulado «Séneca, después de abrirse las venas, se mete en un baño y sus amigos, poseídos de dolor, juran odio a Nerón que decretó la muerte de su maestro». Expuesto actualmente en el Museo del Prado, el lienzo llegó a ser expuesto, y premiado, en las exposiciones internacionales de Viena (1873) y París (1878). No es sino el reflejo de cómo las academias de bellas artes fomentaban el interés por la antigüedad.

Una panorámica más general es la que aporta María Martín de Vidales, que pulsa el gusto pompeyano en la pintura española desde el siglo XVIII. Subraya la autora la importancia de la Academia de Bellas de San Fernando por erigirse en foco de recepción de las nuevas tendencias clásicas surgidas en Italia gracias a las excavaciones arqueológicas. Desde la institución y el gobierno se promovió un sistema de pensiones que, sumado a la realización de exposiciones nacionales, sirvieron para promocionar artistas.

Joaquín Sorolla es otro de los pintores partícipe de la inercia «italianizante» que caracterizó a buena parte de las academias españolas de bellas artes del XIX. No solo por su estancia en Italia, como pensionado, entre 1885 y 1886. Su viaje a Florencia, Pisa, Venecia o Nápoles le inspiró tanto que el imaginario visual de Sorolla acabó contagiando a las nuevas generaciones de artistas. En su contribución, la profesora de la Complutense Ana Valtierra repasa los itinerarios de los pintores y cómo Pompeya y Herculano se convierten en depositarios visuales de lo que supone el mundo clásico a través de los ojos de un pintor en período de formación. Dan fe los cuadernos de los dibujos legados por Sorolla a su paso por las urbes vesubianas.

Que Pompeya y Herculano generaron fascinación desde el siglo XVIII es algo sobradamente contrastado. Lo sabe la investigadora napolitana Rosario Ciardello, que ha tenido la oportunidad de sondear en artistas, escritores, arquitectos y viajeros estadounidenses del siglo XIX. Tampoco ellos escaparon al hechizo de las ciudades vesubianas. La impronta pompeyana que destilan estancias ó salones en Saratoga Springs o en las mansiones de Hen-

ry G. Marquand, John D. Rockefeller Junior, William H. Venderbilt o N. Strauss (todas en Nueva York), la Villa de Getty (en Malibú); ó la sala 127 de la estancia del Campidoglio (actualmente Sala de audiencias del Comité de Asignaciones del Senado) dan fe del alcance de la moda pompeyana en arquitectura. Pero no fue la única disciplina contagiada por el estilo pompeyano. Las menciones de los célebres hermanos Melville y Mark Twain, las poesías publicadas en 1832 por Summer Lincoln Fairfield, la novela de 1834 firmada por Edward Bulwer Lytton o la obra de Harriet E. Prescott Spofford sobre decoración muestran hasta qué punto escritores y poetas participaron de esa tendencia. Todos ellos, buenos ejemplos de cómo la moda pompeyana penetró no solo en la aristocracia norteamericana sino también en varios sectores de la burguesía y la clase obrera.

El interés por el mundo clásico, en general, y por Pompeya, en particular, motivó que desde las excavaciones del siglo XVIII, al otro lado del Atlántico, se disparara el consumo de noticias relacionadas con lo clásico. Una de las investigadoras que mejor conoce la recepción de la antigüedad en Iberoamérica es la mexicana Elvia Carreño (UNAM). La investigadora ha podido constatar cómo su país se convirtió en país receptor de libros, gacetas, hojas volantes, grabados, dibujos, artículos de belleza, muebles ó fotografías de temática pompeyana. Los pregoneros (en el siglo XVIII) y los cicerones (en el XIX) fueron los encargados de difundir todo lo acontecido en las ciudades vesubianas, a modo de heraldos. A tal punto llegó el interés del público mexicano que los periódicos inauguraron secciones dedicadas al tema de la erupción y las ciudades destruidas, con notas breves que mencionaban el día a día de las excavaciones. De hecho, el aliento temático que imprimieron Pompeya y Herculano a las cuestiones arqueológicas, en el XVIII, acabó estimulando la necesidad de localizar ciudades prehispánicas en México. Tanto es así que a Teotihuacán se le denominó la Pompeya mexicana; a Tula, la Pompeya indiana; y a Palenque, el Herculano de México. Con tanta información procedente de las urbes vesubianas era tentador caer en paralelismos, comparaciones e imitaciones. Como la del militar y político novohispano Agustín de Iturbide (1783-1824), que no dudó en acuñar moneda presentándose en el anverso a la usanza de los emperadores romanos.

Del mismo centro universitario que Carreño (UNAM) procede también Aurelia Vargas. La investigadora ha podido constatar el desembarco de la «Pompeyamanía» en territorio de Nueva España, hoy México. Según Vargas existen dos episodios a partir de los cuales se potenció el impulso por lo clásico. El primero, cuando el rey ilustrado Carlos III obsequió a Nueva España, a finales del XVIII, con una publicación de 8 tomos sobre Pompeya titulada *Antichità di Ercolano Esposte*, que sirvió de inspiración a los alumnos de la Academia de las Nobles Artes de San Carlos, fundada en 1785. El segundo, cuando Maximiliano de Habsburgo, archiduque de Austria, llegó en 1864 invitado por un sector de la sociedad mexicana para convertirse en emperador de México. Pero no debe olvidarse que ya desde el XVI, en los primeros compases de la conquista española, México acogió con buenos ojos el estudio de la cultura clásica, coincidiendo con el Renacimiento. Una muestra más de receptividad a ese constante flujo de noticias y publicaciones que se hacían eco de lo acontecido en las ciudades del Vesubio. Las hemerotecas mexicanas no dejan dudas: existen más de 15.000 referencias en publicaciones periódicas mexicanas sobre los sucesos en Pompeya, Herculano y Stabia, entre 1738 y 1936. Y tampoco las academias de arte, a

las que llegaron copias de esculturas de los hallazgos acontecidos en Pompeya y Herculano, junto con gran cantidad de dibujos, esculturas, medallas ó libros, para que los alumnos mexicanos aprendieran con modelos cuasi-reales.

La versión oficial de que Pompeya y Herculano fueron excavadas por primera vez en 1748 es uno de los axiomas cuestionados en la presente monografía. Da gusto leer el artículo de M. Carmen Alonso (Universidad Complutense) y retomar el pulso a los hechos probados, con vocación revisionista y desmitificadora. Porque la investigadora sabe bien que las entrañas de las ciudades vesubianas habían sido pasto de escarceos furtivos antes de que Carlos III se colgara los laureles del mérito. Evidentemente no se trató de excavaciones regladas y, mucho menos, rigurosas; pero el subsuelo de las urbes venía siendo horadado por la codicia de los lugareños desde mucho tiempo atrás. Lo prueban los trabajos actuales en la Regio V Pompeyana. No solo han constatado un paisaje «inesperado» de túneles, galerías, pozos y perforaciones parietales. Lo más interesante es cruzar esas evidencias sobre el terreno con lo que dejaron escrito los arqueólogos - sensu stricto, ingenieros, excavadores o conservadores de museo - Alcubierre, Rorro, Bardet, Weber, Paderni, Piaggio ó La Vega. Ellos mismos se hicieron eco de lo que denominaron en su día *grutas antiguas, grutas viejas, grutas vacantes, vacantes antiguos ó maudites grottes*. En algunos casos, el registro arqueológico evidencia dramas. El arqueólogo Amedeo Maiuri (1886-1963) localizó, en la casa de Menandro (Pompeya), los esqueletos de dos hombres, un niño y un perro. Si la estratigrafía no miente todo apunta a que un alud de tierra les sorprendió mientras buscaban, bajo sus pies, algún objeto de valor que la tierra les devolviera. Una de las coyunturas que más enmaraña la interpretación de los arqueólogos es que las excavaciones oficiales se llevaron por delante esa red de galerías y pozos: una prueba «en negativo» del furtivismo secular que paradójicamente se ha esfumado por una cuestión de prioridades. Lo más llamativo de todo es que calificar de clandestinas estas incursiones ocasionales en los *tumbaroli* de la época es, en sí, una contradicción ó un juicio de valor anacrónico porque sin legislación que contemplara la protección arqueológica el ladrón o furtivo no sería tal. Una reflexión interesante que nos lleva a la ineludible pregunta: ¿por qué se han rescatado tan pocos ajuares domésticos entre las ruinas de Pompeya y Herculano? una intensa actividad de «cazatesoros», durante siglos, podría ser la respuesta.

Además de editor, Jesús Salas (Universidad Complutense) aporta una contribución a la monografía centrada en el conocimiento y difusión de los hallazgos a través de la bibliofilia. Salas expone las iniciativas adoptadas por parte de las instituciones españolas en la adquisición de libros y material gráfico relacionado con las excavaciones de las urbes afectadas por la erupción del Vesubio. Estas publicaciones dejaron de estar bajo el control de la Accademia Ercolanense, el gobierno borbónico de Nápoles o la Academia de Bellas Artes de San Fernando y acabaron constituyendo un objeto de coleccionismo bibliográfico de eruditos e instituciones. Hoy, la Biblioteca del Palacio Real, la Biblioteca Nacional o el Reale Museo Borbonico atesoran las más preciadas joyas sobre Pompeya o Herculano para bibliófilos.

El último artículo dedicado al impacto de Pompeya y Herculano en los pintores españoles lleva la firma de María Eugenia Cabrerizo. La conservadora de museos analiza cómo ha estado presente la antigüedad clásica en la saga Madrazo, especialmente en Luis de Madrazo y Kuntz (1825-1897), a través del estudio de su archivo y biblioteca. Luis se

había formado en Roma ó Nápoles y, como el resto de pensionados de la Academia de San Fernando, plasmó sobre su cuaderno de dibujo las impresiones artísticas de su estancia italiana a mediados del XIX. Toda una joya documental, desatendida en la mayoría de los casos porque - como lamenta Cabrerizo - muchos de estos cuadernos no fueron compartidos a nivel institucional. La propuesta de la investigadora soriana cuestiona la versión oficial de que tales dibujos fueron realizados por José Madrazo y propone que fue su hijo Luis, entre 1812 y 1815, o, en su defecto, su amigo y compañero artista Bernardino Montañés. Ambos mantenían una relación de amistad, además de que habían compartido estancia en Italia como estudiantes.

Cierra el compendio de artículos una contribución firmada por las autoras Mar Bujalance-Pastor, Inmaculada Muro-Subías y Lola Santonja-Garrido. Las profesoras de la Universidad Carlos III ponen en valor la creciente pujanza de las humanidades digitales en el ámbito de las ciencias clásicas y las dinámicas colaborativas que promueve. En el caso que nos ocupa merece la pena resaltar la visibilidad del sitio web RIPOMPHEI (Recepción e influjo de Pompeya y Herculano en España e Iberoamérica) como punta de lanza cibernética de uno de los proyectos de investigación recientes más oportunos en el ámbito de la historiografía. Bajo el liderazgo de Mirella Romero (directora del proyecto) han aflorado revisiones, análisis, lecturas y reflexiones de todo el magma de documentación contenido en archivos, hemerotecas y correspondencias personales del ámbito iberoamericano.